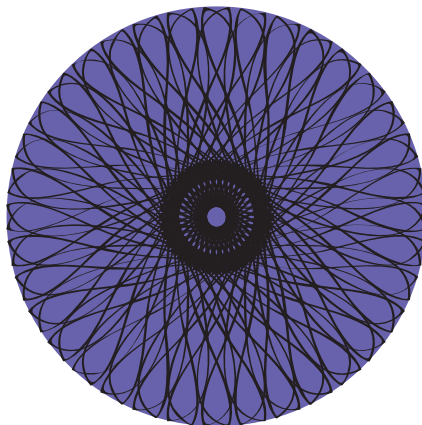


Operaciones historiográficas en contexto



Marta Philp / César Tcach / Agustín Rojas
Denise Reyna Berrotarán / Daniel Guzmán
María Verónica Canciani Vivanco / Eduardo Escudero
Paola Bonvillani / Camila Tagle



UNC

Universidad
Nacional
de Córdoba

CEA

Centro
de Estudios
Avanzados

Itinerarios para la escritura de la historia

Marta Philp

Introducción: Sobre la historia y el oficio de historiador

En este texto nos guía el interés por la escritura de la historia y los itinerarios transitados para su materialización. Se estructurará en torno a la operación historiográfica, en el sentido acuñado por Michel de Certeau, definida por un lugar, una práctica y una escritura, nombrada por Ricoeur como la “representación historiadora”. Este interés se funda en una mirada de larga duración sobre un oficio tan antiguo como la humanidad misma, el de historiador, profesionalizado desde fines del siglo XIX en Europa y a lo largo del siglo XX en nuestro país. En esta oportunidad proponemos una reflexión sobre el oficio a partir de algunas experiencias de escritura de la historia en Córdoba.

¿Cómo trabajan los historiadores? Esta pregunta, realizada por quienes ejercen otro oficio, es un buen punto de partida para comenzar a reflexionar sobre nuestra práctica. Como plantea De Certeau:

¿Qué fabrica el historiador cuando “hace historia”? ¿En qué trabaja? ¿Qué produce? Interrumpiendo su deambulación erudita por las salas de los archivos, se aleja un momento del estudio monumental que lo clasificará entre sus pares, y saliendo a la calle, se pregunta: ¿De qué se trata en este oficio? Me hago preguntas sobre la relación enigmática que mantengo con la sociedad del presente y con la muerte, a través de actividades técnicas (p. 67).

En este texto proponemos, a partir de la distinción entre historia, historiografía y teoría

de la historia, analizar uno de los itinerarios que los historiadores podemos seguir para la construcción del conocimiento histórico: delimitación del problema de investigación; estado de la cuestión/antecedentes; perspectiva analítica/marco teórico; objetivos e hipótesis; metodología; materiales: bibliografía y fuentes. Tendremos como horizonte las siguientes cuestiones, que forman parte de la agenda de nuestro oficio, aunque no pretendemos en este texto dar respuesta a todas; nos referimos a la importancia de las preguntas para delimitar el problema de investigación, las diferencias entre la historia-período y la historia-problema, el método crítico, sus límites, la secuencia documento/crítica/hecho; los formatos de la escritura; la historia como despliegue de una intriga; la distinción entre argumentación y prueba y la función de las marcas de historicidad, notas a pie de página, como mecanismos de control en la construcción de conocimiento histórico.

Como analizamos con nuestros alumnos de primer año de la Escuela de Historia¹, entre la historia relato, escrita en el mundo griego, y la historia científica, que disputó un espacio en el mundo académico a partir del siglo XIX, salieron a escena diferentes formas de construir la historia, fundadas en diversos supuestos acerca de la naturaleza humana, las acciones de los hombres, la concepción del tiempo, el funcionamiento de las sociedades, entre otros. Si bien la historia, como actividad de reconstrucción del pasado, tuvo un espacio importante desde la cultura griega, el siglo XIX se constituyó en un momento privilegiado para su desarrollo como disciplina. En un contexto de surgimiento de nuevos saberes sociales, de los cuales la sociología es un ejemplo paradigmático y bajo el predominio del modelo de las ciencias naturales, la historia pugnará por delimitar un espacio propio y lograr un estatuto científico. Consideramos a la historia una actividad práctica que incluye todo lo que implica escribir libros de historia (desde la búsqueda de archivos hasta su redacción y defensa frente, aunque no solamente, a la comunidad de historiadores) pero a su vez, inseparable de una actividad teórica plasmada en la teoría de la historia y en la historiografía (Mendiola Mejía, 1996).

Partimos del supuesto de que hay una relación de dependencia mutua entre historiografía y teoría de la historia, así como de ambas con la historia. Atendiendo a la actividad que realizan, llamaremos a la teoría de la historia y a la historiografía actividades teóricas y a la historia, una actividad práctica, en el sentido ya expresado. La teoría de la historia pretende

fundamentar a la historia, mientras que la historiografía pretende reconstruir la manera en que se escribió la historia en una época determinada, poniendo particular atención en cómo pretendió ser válida o cómo podría ser verificada. Las pretensiones de validez son distintas a medida que transcurre el tiempo y la historiografía señala este cambio; por ejemplo, mediante ella se mostrará la manera en que el historiador alemán Von Ranke pretendía escribir una historia verdad. La teoría de la historia busca delimitar el ámbito de la historia en relación con las demás ciencias, en tanto que pretende ofrecerle una fundamentación que la legitime ante ellas y que la distinga de la literatura, como un conocimiento que no ofrece meras ficciones. Al construir esta delimitación, ofrece un modelo de lo que debe ser la historia. A su vez, la teoría de la historia encuentra su objeto de reflexión en la historiografía, que presenta los paradigmas de la historia a lo largo del tiempo.

Los historiadores de todas las épocas han reconstruido el pasado a partir de determinados supuestos que no siempre son presentados explícitamente; sin embargo, consideramos que este hecho no nos exime de una tarea central para nuestra disciplina: nos referimos al esfuerzo por reflexionar acerca de las bases sobre las que se construyó y se construye la producción historiográfica. Dicha reflexión es un paso necesario para avanzar en nuestra formación como historiadores.

Desde esta perspectiva, en nuestro programa de Introducción a la Historia proponemos un análisis de distintos momentos que integran el desarrollo de la historia como disciplina. Dicho análisis contempla las siguientes variables: el contexto histórico dentro del cual se gestaron las diferentes formas de escribir la historia; el contexto teórico-ideológico a partir del cual la historia delimitará su espacio de acción; la concepción de la historia como actividad práctica; la historiografía como resultado de dicha actividad y la teoría de la historia a partir de la cual se fundamentó y se fundamenta la disciplina, es decir, cuáles fueron los conceptos de tiempo, causalidad, verdad, hecho histórico, entre los más importantes, que eligieron los historiadores en cada uno de los modelos historiográficos. Como ya señalamos, en este texto nos centraremos en algunas experiencias de escritura de la historia en Córdoba.

La escritura: la materialización de la operación historiográfica

Entonces, ¿qué itinerarios recorreremos para llegar a la escritura de los textos? ¿Qué estrategias implementamos desde nuestro oficio? ¿Cómo trabajamos los historiadores? Para responder estos interrogantes aquí haremos referencia a uno de esos itinerarios posibles, que recoge distintas experiencias de investigación.

Las preguntas constituyen el punto de partida, a partir de ellas delimitamos nuestro problema de investigación. Hay una primera pregunta fundante: ¿qué investigar? que nos permite la construcción del objeto de estudio. Como sintetiza con claridad Prost, “son las preguntas las que construyen el objeto histórico, procediendo a un recorte original del universo ilimitado de hechos y de los documentos posibles... En cierto sentido, una historia vale lo que valgan sus interrogantes” (p. 90). A lo que podemos sumar otros factores tales como la importancia del contexto de producción de esas preguntas, el clima de época, las modas historiográficas, que influyen en su legitimidad. Una vez formuladas, nos preguntamos por los antecedentes, hacemos una segunda pregunta: ¿quién/es se interesaron por esta temática?, que nos conduce a la lectura de textos de la historiografía que nos precede, cuyas respuestas son más o menos satisfactorias. Justamente la insatisfacción es un recurso clave para constituirnos como autores, para plantear nuestra propia línea de investigación. Entonces, en tercer lugar surgen estas preguntas: ¿cómo explicar el proceso histórico seleccionado?, ¿desde dónde dar respuesta a mis interrogantes? Las que nos enfrentan a decisiones teórico-ideológicas, a la elección de una perspectiva analítica sobre la que se basará nuestra explicación; así nos definimos como cultores de una historia política, económica, cultural, como admiradores nostálgicos de una historia total, deslegitimada en tiempos de una disciplina especializada, entre tantas opciones posibles. La pregunta por el cómo tiene por lo menos dos caminos: el que nos conduce a la teoría de la historia, a partir de la cual elegimos los conceptos claves que guiarán nuestra indagación, y el que nos interpela acerca de las estrategias para hacer de la historia un conocimiento probado, con marcas de historicidad. Nos sitúa frente a una cuarta pregunta: ¿cómo dar validez a la historia que construimos? La respuesta nos vincula a los materiales, a las fuentes/documentos, al método crítico y sus límites, a la secuencia documento/crítica/hecho, al

papel que tenemos los historiadores en la construcción del hecho histórico o, para hablar en términos colectivos, de los procesos históricos. Y aquí regresamos al punto de partida ya que como nos dice Prost: “son las preguntas las que permiten hacer una historia de las fortunas o una historia de la movilidad social, y ambas posibles sobre la base de un mismo documento” (p. 93). Ahora bien, ¿cómo se materializaron estas preguntas, cómo las respondimos? A continuación reconstruiremos algunas de esas operaciones historiográficas.

Operaciones historiográficas en contexto

Como ya señalamos, la operación historiográfica, en el sentido acuñado por Michel de Certeau, se define por un lugar, una práctica y una escritura. El historiador mexicano Enrique Florescano —a partir de Ricoeur— se refiere a los tres pilares de la operación historiográfica, desplegados en un contexto determinado: la fase documental, la fase explicativa-comprensiva y la de la escritura, la “representación historiadora”. La primera incluye “desde la declaración de los testigos oculares a la constitución de archivos y cuyo fin último es el establecimiento de la prueba documental”; la segunda, “donde el historiador recurre no a un modo privilegiado de explicación, sino, como dice Ricoeur, a modos heteróclitos de explicación”. Por último, “la configuración literaria o escrituraria del discurso ofrecido al conocimiento de los lectores de historia” (pp. 259-60)². Comencemos por el lugar.

El lugar: la Universidad Nacional de Córdoba

Cuando pensamos en el lugar, como historiadores profesionales, nos remitimos a las instituciones desde las que escribimos la historia. Lo hacemos en el marco de un equipo de investigación³ radicado en el Centro de Investigaciones “María Saleme de Burnichon” de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba, creado en 1987 después de la conflictiva y demorada transición a la democracia que siguió a la dictadura cívico-militar que gobernó la Argentina desde 1976 a 1983⁴. Esta institución incluyó en su área de Historia, no sin conflictos, a uno de los primeros espacios donde comenzó a profesionalizarse la escri-

tura de la historia en Córdoba, nos referimos al Instituto de Estudios Americanistas, en adelante IEA, fundado en 1936, a partir de la colección del sacerdote-historiador monseñor Pablo Cabrera; ambos integran el mito de los orígenes de la historiografía cordobesa y son elegidos como puntos de partida para cuestionar o legitimar, según sea la perspectiva teórico-ideológica de los actores, las formas de concebir el oficio de historiador⁵.

Hoy, a ochenta años de la creación del IEA y a setenta de la fundación de la Facultad de Filosofía y Humanidades, de la cual la Escuela de Historia forma parte, podemos considerar que la historiografía de Córdoba⁶ se ha profesionalizado en diálogo con los diferentes contextos: internacional, nacional, provincial; diálogo que implica disputas por la legitimidad, la validez y el reconocimiento; por los recursos simbólicos y materiales. En este sentido, diferentes instancias –congresos, jornadas, conferencias, presentación de publicaciones– ofrecen sus escenarios para su despliegue, para estos rituales de integración y exclusión de una comunidad/es académicas que se consolidan y fragmentan al ritmo de sus propias reglas y de contextos sociopolíticos que la interpelan.

El punto de partida: las preguntas o el problema de investigación

Como historiadores sabemos que toda investigación parte de un problema, de preguntas cuya pertinencia y legitimidad es evaluada por la comunidad de pertenencia, académica, si escribimos para un público especializado, o social, si aspiramos a que nuestras ideas interpelen otros espacios. Los problemas de investigación, las preguntas, tienen una historia que es, por una parte, la de nuestros intereses como historiadores y por otra, la de nuestros productos, los textos escritos y en un sentido más amplio, las distintas intervenciones realizadas a lo largo del tiempo. Por ello, reconstruiré brevemente esta historia sobre los itinerarios elegidos para investigar un tema tan antiguo como vigente: el de la justificación del poder.

Diferentes autores, puntos de vista, estuvieron presentes cuando formulé la perspectiva teórica que orientó mi investigación sobre los usos del pasado en la construcción de imaginarios políticos en Córdoba, Argentina, durante las últimas décadas del siglo XX⁷. El camino elegido fue el de los vínculos entre la historia, la política y la memoria para analizar los procesos de le-

gitimación del poder, específicamente el proceso de legitimación y cuestionamiento de la democracia como modelo político. Las preguntas a responder se relacionaron con la selección de los contenidos de la memoria, con los actores políticos y sociales interesados y con el poder necesario para promover una memoria determinada que justifique su lugar en el presente.

El pasado es uno de los espacios en disputa en los diferentes momentos políticos. A partir del reconocimiento de la dimensión política del pasado, los poderes públicos reescriben la historia, construyen una memoria que pretende ser única, oficial, legitimadora del régimen político imperante. ¿Cómo abordar el análisis de los usos del pasado? La perspectiva de los estudios de la memoria y su intersección con la historia política fue una de las vías posibles. En un escenario donde postulamos que la memoria es un recurso clave para comprender los procesos de legitimación del poder, nos preguntamos dónde centrar nuestra mirada. Nos detuvimos en los homenajes y las conmemoraciones, momentos privilegiados para observar la materialización de la memoria como reescritura de la historia, dado que en las distintas intervenciones se resignifican los hechos y procesos históricos a la luz del presente. Estas operaciones de memoria constituyen el campo, los espacios de disputas por el poder, los observatorios privilegiados para mirar la historia argentina contemporánea.

Desde esta mirada, abordamos la investigación de los vínculos entre la historia, la política y la memoria en la Argentina desde fines de los años sesenta hasta fines de los ochenta, período caracterizado por una fuerte movilización social, donde se alternaron gobiernos militares y constitucionales condicionados por un legado autoritario. Tratamos de buscar respuestas a los siguientes interrogantes: ¿Quiénes operaban sobre las memorias?, ¿qué contenidos le otorgaban?, ¿cuándo y cómo lo hacían?, ¿dónde? y ¿para qué?

En otros textos colectivos (Philp, 2011 y 2013), nos interpelaron las mismas preguntas aunque redefinidas a la luz de nuevos contextos donde los usos del pasado ocupan un lugar central. Continuamos pensando el problema de la justificación del poder desde una mirada de larga duración, donde reconocimos la necesidad de enfoques multicausales que reparen tanto en las estructuras como en los acontecimientos.

Centramos las miradas en los conceptos de intervenciones y de territorios de la historia, la política y la memoria. Ludmila Da Silva Catela, desde la antropología, utiliza el concepto

de territorios de memoria política para pensar los procesos de conformación de los archivos de la represión. Para esta autora, la noción de *territorio*, inspirada en los *lugares de memoria* de Pierre Nora, tiene la potencialidad de resaltar los vínculos, la jerarquía y la reproducción de un tejido de lugares que potencialmente puede ser representado por un mapa. Desde su perspectiva, las propiedades metafóricas del territorio permiten asociar conceptos tales como conquista, litigios, desplazamientos a lo largo del tiempo, variedad de criterios de demarcación, de disputas, de legitimidades (pp. 15-78). Compartimos estos sentidos dados al concepto de territorios para pensar en actores y en espacios, en historiadores, instituciones, contextos de producción, en usos del pasado, en operaciones historiográficas que tuvieron y tienen lugar en territorios que nunca terminan de constituirse, que son escenarios para las acciones pero a la vez producto de estas; territorios que nos invitan a pensar en acuerdos, en consensos pero también en disputas en función de las diferentes concepciones político-ideológicas de cada uno de los protagonistas, de sus ropajes –“este disfraz de vejez venerable y este lenguaje prestado”, en el sentido expresado por Marx en *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*–.

Nos guía un objetivo ambicioso: la comprensión y explicación de los procesos de legitimación del poder pero también sus impugnaciones, los cuestionamientos a los distintos regímenes políticos, protagonizados desde los lugares circunstanciales ocupados por los actores. La referencia al lugar nos remite a pensar en por lo menos dos debates claves de las ciencias sociales: las relaciones entre individuo y estructura y el problema de la determinación en última instancia, es decir, cuál es el factor que más incide en el curso de los procesos históricos. Ambos debates parecieron saldados cuando en las últimas décadas del siglo XX se planteó desde diversos espacios la crisis de los modelos estructurales y específicamente en el campo de la historia se legitimó el desarrollo de historias especializadas en diferentes objetos: historia política, económica, cultural, para nombrar solo algunas. El problema que nos convoca requiere el regreso a estos debates, las preguntas planteadas forman parte de un legado, de una herencia que consideramos importante recuperar dado que elegimos analizar cuestiones que implican relaciones entre individuos y estructuras, entre estrategias y contextos de producción.

En este sentido, en uno de estos textos colectivos (Philp, 2011) recuperamos aquellos in-

terrogantes, sintetizados en la pregunta: ¿qué pasado para qué proyecto político? e incorporamos otros nuevos, centrados en los productores de los contenidos de las operaciones de memoria: los historiadores profesionales o autodidactas, científicos sociales en general, a título individual, o como integrantes de instituciones. A modo de ejemplo citamos: la Academia Nacional de la Historia, las Juntas provinciales y locales de Historia, el Instituto Nacional Sanmartiniano, las universidades del país y de otros países de América Latina. También nos preguntamos por los actores políticos que, en distintos gobiernos, constitucionales o cívico-militares, intervinieron sobre el presente y el pasado, legitimando determinados modelos de sociedad, de “Argentinas” posibles.

En este texto, reconocíamos que realizábamos nuestra tarea en un contexto de creciente especialización de la historia en el estudio de determinadas parcelas del pasado dentro del cual aspirábamos aportar al conocimiento y, por ende, a la comprensión de algunas temáticas y problemas presentes en el funcionamiento de las sociedades contemporáneas que son a su vez producto de procesos de larga duración. Para graficar nuestras aspiraciones, recurrimos a las palabras de un clásico –no solo– de la historia, Marc Bloch, que pensó su tarea en un contexto lejano en el tiempo al nuestro pero que sintetiza con claridad los motivos que fundan nuestros trabajos:

No hay, pues, más que una ciencia de los hombres en el tiempo, que sin cesar necesita unir el estudio de los muertos con el de los vivos. ¿Cómo llamarla? Ya he dicho por qué el antiguo nombre de historia me parece el más amplio, el menos exclusivo, también el más cargado de los conmovedores recuerdos de un esfuerzo mucho más que secular... Al proponer que se prolongue hasta el presente, en contra de ciertos prejuicios, por lo demás menos antiguos que la palabra misma, no pretendemos ninguna reivindicación corporativa. La vida es demasiado breve y los conocimientos se adquieren muy lentamente como para permitir, incluso al mayor genio, tener una experiencia total de la humanidad, tanto como la edad de piedra y la egipología siempre tendrán sus especialistas. A unos como a otros, simplemente se les pide recordar que las investigaciones históricas no padecen de autarquía. Aislado, ningún especialista entenderá nada sino a medias, incluso en su propio campo de estudio y la única historia verdadera, que no puede hacerse sino con ayuda mutua, es la historia universal (pp. 157-158).

En otro aporte colectivo (Philp, 2013), preocupados por diversos territorios de la historia, la política y la memoria, nos propusimos revisar los itinerarios seguidos en los procesos de construcción de un campo de estudios, el de la historiografía argentina. Dado que la *historia construida* es la materia prima de distintas intervenciones que tienen como objetivo la justificación del poder, buscamos trazar un mapa que identifique temas, autores, textos, climas de época, marcos sociales de las distintas operaciones de memoria, es decir de las lecturas del pasado realizadas desde un determinado presente y desde un espacio: la provincia de Córdoba en diálogo con intervenciones gestadas en otros lugares. Nuestras fuentes/documentos, que como toda selección es excluyente, fueron textos sobre historiografía argentina y escritos de historiadores producidos, fundamentalmente, desde Buenos Aires y Córdoba. Allí planteamos que si consideramos a la historiografía argentina como campo de investigación, uno de los problemas a discutir es el de la delimitación del objeto, sus coordenadas espaciales y temporales. También recordamos que hay un tema clásico, presente en el origen de las diferentes historiografías nacionales: el de la relación entre las historias nacionales y locales, entendidas como relatos del pasado nacional y local a los que se les atribuye ese carácter en función de los distintos contextos de producción, signados por desiguales recursos de poder: simbólicos, político-ideológicos⁸.

En el caso de nuestro país, la producción de una historia nacional no fue ajena a un proceso de construcción de la nación marcado por una creciente centralización política, implementada desde Buenos Aires hacia el resto del país. Si bien este proceso dista de ser lineal y existen numerosos estudios que dan cuenta de su complejidad, no puede desconocerse la influencia de este rasgo de la matriz política argentina para el análisis del tema en cuestión. Si pensamos en los procesos de construcción de las historias nacionales y locales el problema no es solo cómo relatamos estos procesos sino cómo delimitamos un objeto de investigación caracterizado por una fuerte centralización en un país donde los mecanismos de producción y legitimación del conocimiento también siguen estando fuertemente centralizados.

Contamos con una historia de la historiografía argentina; diferentes épocas –la de la gestación de una historia nacional; su profesionalización; el cuestionamiento de los revisionistas; la renovación de los años cincuenta y sesenta; la censura de los setenta; la renovación de los ochenta– gestadas al calor de diferentes “marcos sociales de la memoria” que recopilan huellas

que se constituyen en indicios clave para pensar los procesos de producción de las historias nacionales y locales. Sin embargo, este relato ya clásico, fundado en una nutrida producción⁹, evidencia los vacíos en torno a procesos que están siendo estudiados actualmente, como es el tema de la construcción de las historias locales. Diferentes huellas documentales nos alertan acerca de la necesidad de complejizar el relato de la historia de la historiografía argentina, donde las distintas historiografías provinciales no se sumen solo como casos particulares –figuras de provincia– que confirmen o contrasten ese relato sino que se constituyan en recursos centrales para escribir una historia más compleja y más completa. Nos preguntábamos cuántos nos reconocemos en este relato, cómo nos posicionamos respecto a este y qué vías alternativas ofrecemos para su complejización. Una de las vías posibles, la más obvia, es la investigación de las historiografías provinciales, para recuperar protagonistas pero fundamentalmente para reconstruir los vínculos, tensiones y conflictos dentro del proceso de construcción de una historia de la historiografía argentina¹⁰. Otra, ya en curso, es el fortalecimiento de los canales de diálogo existentes entre equipos de investigación de diferentes regiones del país, centrados en la temática.

A partir de estas inquietudes nos preguntamos si es posible leer la historia de la historiografía de Córdoba desde una periodización propia, sensible a cada objeto de estudio. Los trabajos reunidos allí dan una respuesta positiva a esta pregunta. Nos enfrentan a protagonistas, tensiones y confluencias entre tradiciones, expresadas en diferentes lugares de memoria, que desde Córdoba establecen relaciones con diferentes contextos.

La historia como conocimiento probado: los materiales

Los documentos constituyen nuestras huellas, nos obligan como historiadores a problematizar la secuencia documento/crítica/hecho, base de la operación historiográfica. Prost señala que esta problematización es una instancia clave en la transición entre la historiografía decimonónica y la analista; al respecto rescata las palabras de Marc Bloch:

Muchas personas, y aún al parecer ciertos autores de manuales, se forman una imagen asombrosamente cándida de la marcha de nuestro trabajo. En el principio, parece decir, están los

documentos. El historiador los reúne, los lee, se esfuerza en pesar su autenticidad y su veracidad. Tras ello, únicamente tras ello, deduce sus consecuencias. Desgraciadamente, nunca historiador alguno ha procedido así, ni aun cuando por azar cree hacerlo (p. 86).

Los cuestionamientos de esta historia-problema a la historia-período, propia de las historias nacionales escritas en el siglo XIX y aun hegemónicas en espacios preocupados por producir una historia como entretenimiento, nos señalaban ya la necesidad de realizar la crítica de los documentos. Dice Prost:

Se tiene en ocasiones la impresión de que la crítica es sólo una cuestión de sensatez y que, por eso mismo, la disciplina exigida por la corporación resultaría superflua. Sería más bien una manía de eruditos, una coquetería de científicos, un signo de reconocimiento para iniciados. Nada hay más falso. Las reglas de la crítica y de la erudición, la obligación de ofrecer referencias, no forman parte de unas normas arbitrarias. De hecho, son ellas las que establecen con claridad las diferencias entre el historiador profesional, el aficionado y el novelista (p. 76).

Desde este lugar, cada uno de los documentos fueron leídos a la luz de su contexto de producción, del lenguaje utilizado, de los materiales sobre los cuales asentaron esas palabras los protagonistas de los procesos que intentamos reconstruir. ¿Cuáles fueron los materiales que sustentaron nuestra escritura? ¿Qué lugar tuvieron las distintas fuentes: escritas, orales, audiovisuales? Podemos ejemplificar este punto con nuestra investigación sobre los usos del pasado (Philp, 2009). Como historiadores, sabemos que son las preguntas –construidas desde las lecturas de los procesos históricos, impulsadas por nuestras inquietudes, formalizadas desde la teoría– las que guían nuestros encuentros con las distintas fuentes/documentos.

Para responder nuestro problema de investigación, centrado en los usos del pasado para la legitimación política, buscamos huellas en los documentos producidos desde el poder no para escribir una “historia historizante”, en el sentido expresado por los primeros Annales franceses, sino desde la perspectiva de una historia política entendida como historia del poder, una historia de las formas en que el poder se justifica, se legitima. Y en esa historia, la/s memoria/s, entendidas como las lecturas del pasado realizadas desde el presente, ocupan un lugar

clave. Los documentos escritos nos permitieron encontrar respuestas a estas preguntas: ¿Quiénes operan sobre las memorias?, ¿qué contenidos le otorgan a estas?, ¿cuándo y cómo lo hacen?, ¿dónde? y ¿para qué?

Diferentes “lugares de la memoria” delimitaron nuestro espacio de investigación; allí identificamos los homenajes y conmemoraciones realizados y analizamos las rupturas y continuidades en los usos del pasado entre los períodos constitucionales y los gobiernos de facto que se sucedieron durante el marco temporal en estudio. La prensa local¹¹ fue uno de ellos; a través de su lectura pudimos reconstruir las operaciones de memoria realizadas desde el poder y su contexto de producción en Córdoba. Es uno de los espacios de expresión de las memorias oficiales tanto durante los gobiernos constitucionales como militares. En el caso de estos últimos, se convirtió en un recurso clave dado que en la época en que se realizó esta investigación era muy difícil acceder a bibliotecas de instituciones militares, por lo menos en Córdoba. Mis intentos en ese sentido fracasaron. Por otra parte, si consideramos que la política, en un sentido amplio, no se restringe a los ámbitos formales, institucionales, la prensa se presenta como un espacio válido para identificar los usos del pasado, en la forma de homenajes y conmemoraciones, realizados por otros actores políticos, sin representación en el ámbito parlamentario. La exploración de esta fuente documental se relaciona con las preguntas acerca de la existencia de una o varias contra-memorias, que cuestionen las memorias oficiales. A su vez, la prensa puede actuar como un actor más, que selecciona a quién homenajear en función de su posición en el contexto político¹². Algunas revistas editadas en otros lugares, especialmente en Buenos Aires, y que hacen referencia al proceso cordobés, también integraron nuestra búsqueda dado que en los años setenta Córdoba ocupaba un lugar central en la política nacional¹³.

Los debates parlamentarios también constituyeron otro “lugar de memoria”. Se presentaron como el espacio propicio para intentar “un dominio de lo imaginario” a través de los usos de la historia, ya que al comienzo de cada sesión parlamentaria los homenajes a los grandes personajes de la vida nacional y provincial se constituían en escenarios para buscar lecciones en la historia y proyectar el futuro posible¹⁴. A pesar de las disposiciones reglamentarias que establecen que los homenajes no deben constituir un espacio de discusión, a través de su lectura pudimos acercarnos a los usos del pasado, realizados desde el presente, a lo largo de

los años 1973-1975 y 1983-1989. Estos constituyen indicadores claves para analizar los vínculos entre memoria y política.

Finalmente, las imágenes producidas por los medios televisivos y resguardadas por la UNC se sumaron a este intento de reconstrucción de las operaciones de memoria¹⁵. A través de ellas, pudimos tomar contacto con los escenarios donde los distintos actores disputaban diferentes interpretaciones del pasado, disputas que se reflejaban en la ocupación del espacio poblado de palabras, ordenadas en consignas, carteles, recursos centrales en la lucha por el poder. En muchos casos, la información presentada de manera escueta en la prensa se vio complementada con las imágenes sobre los mismos acontecimientos. En otros, la documentación audiovisual constituyó la única huella disponible sobre el objeto en cuestión.

Cierre y apertura

Llegamos al final de esta reflexión sobre nuestras experiencias de investigación en torno a un problema tan antiguo como vigente: el de la justificación del poder. En el texto, historizamos una experiencia que tuvo como punto de partida la formulación de preguntas y la elección de un prisma: el de la historia política en diálogo con los estudios sobre la memoria. El problema de investigación se fue diversificando, ampliando en función de las interpelaciones tanto de la teoría como de la práctica; vimos en escena los vínculos imprescindibles entre la historia, como actividad práctica, y la historiografía y la teoría de la historia, como actividades teóricas. Constatamos esta cara bifronte de la operación historiográfica, que mira tanto a la teoría como a la empiria para llegar a la “representación historiadora”. En realidad, nos habla de la necesidad que tiene nuestro oficio de nutrirse de ideas, conceptos, preguntas para interrogar a los documentos; del lugar del historiador como un fabricante de historias que trabaja desde un determinado lugar social –que es el que permite y el que prohíbe– y en función de reglas específicas –la problematización de la secuencia documento/crítica/hecho– arriba a la escritura, al resultado: un nuevo producto historiográfico.

Nos referimos a una agenda en curso desarrollada en el marco del proyecto de investigación: “Usos del pasado en la Argentina contemporánea: territorios de la historia, la política

y la memoria. Lecturas desde Córdoba”. Desde una perspectiva que vincula la historia política con la historia de la historiografía, propone investigar los usos del pasado, realizados desde comienzos del siglo XX hasta inicios del siglo XXI, en tanto recursos claves en los procesos de legitimación del poder. Desde este lugar, nos preguntamos por las operaciones historiográficas, articuladas en torno a un lugar, una práctica y una escritura, productoras de distintas lecturas sobre el pasado, realizadas por historiadores, aficionados, cronistas y por los usuarios de estas, conformados por diferentes actores políticos –oficialistas, opositores, militantes–.

Agenda en curso de un equipo de investigación que supone un trabajo colectivo, que nos interpela a cada uno de nosotros como reconstructores de una determinada parcela de la realidad, delimitada a partir de las preguntas, basadas en la elección de diferentes conceptos, que remiten a debates teóricos más o menos antiguos y nos recuerdan que las historias que escribimos no son arbitrarias.

Como plantea Prost: “Lo que debemos hacer, si queremos impugnar una determinada lectura de la historia, es producir otros hechos, otros datos, otras referencias” (p. 89). Esta es la tarea que nos convoca en el presente a sabiendas de que los historiadores no poseemos el monopolio en la construcción de la historia, que la producción de imágenes sociales del pasado es una tarea colectiva y que el predominio de determinadas lecturas sobre otras es el resultado de las disputas políticas de las que los historiadores profesionales también participamos, la mayoría de las veces no solo munidos por las reglas específicas del oficio sino también por las elecciones ideológicas del presente, más o menos explícitas, que se visibilizan en nuestras producciones y que nos invitan a volver a pensar una pregunta tan antigua como vigente: ¿Para qué sirve la historia? ¿Para qué y para quiénes escribimos?

Notas

¹ Aquí recogemos los fundamentos de nuestro Programa de Introducción a la Historia, Escuela de Historia, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba, año 2016.

² Florescano se basa en las obras de Michel De Certeau (1975) y de Paul Ricoeur (2000).

³ Desarrollamos estas líneas de investigación en el CIFYH desde el año 2009. Durante los años 2014-2015 tra-

bajamos en torno al proyecto “Intervenciones sobre el pasado: historia, política y memoria en la Argentina contemporánea. Lecturas desde Córdoba. Segunda etapa”, aprobado y subsidiado por SECyT-UNC. Directora: Marta Philp. Integrantes: Verónica Canciani, Gloria Di Rienzo, Eduardo Escudero, Paola Bonvillani, Agustín Rojas, Denise Reyna Berrotarán y Camila Tagle.

⁴ Véase: <http://www.ffyh.unc.edu.ar/ciffyh/institucional/presentacion/>

⁵ Para una síntesis del oficio de historiador en Córdoba, véase: Philp, Marta, “Pasado y presente del oficio de historiador: vínculos entre la historia, la política y la memoria”, *Apertura*, Publicación de la Secretaría Académica de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la UNC y del Programa “Ciclos de Nivelación, seguimiento de los primeros años y articulación con la educación secundaria” N° 2 (2015).

[En línea] <http://revistas.unc.edu.ar/index.php/apertura/article/view/12884/13098> ISSN: 2362-1818

⁶ La historiografía de Córdoba se ha desarrollado en el ámbito universitario en las siguientes instituciones: sobre la base del ya citado IEA surgió el Departamento de Historia (1957), la actual Escuela de Historia (1968), el CIFYH (1987), el CEA (Centro de Estudios Avanzados) (1990). En el ámbito provincial se creó en 1941 la Junta Provincial de Historia; en el privado, el CEH (Centro de Estudios Históricos) Carlos S.A. Segreti (1978).

⁷ La tesis completa, defendida en el año 2007, fue publicada en Philp, Marta (2009) *Memoria y política en la historia argentina reciente: una lectura desde Córdoba*, Córdoba: Editorial de la Universidad Nacional de Córdoba.

⁸ Algunas de estas cuestiones fueron planteadas en mi trabajo: “Historias nacionales, historias locales. Una lectura en clave historiográfica a partir de un acontecimiento: la conmemoración del Año Sanmartiniano”.

⁹ El texto de Devoto y Pagano (2009) incluye un completo ensayo bibliográfico donde los autores dan cuenta de la producción sobre el campo de estudios de la historiografía argentina que complejiza este relato presentado de manera sintética en este texto. Cfr. pp. 435-471.

¹⁰ El trabajo de Quiñonez (2009) es representativo de esta estrategia de “reparación” de las historiografías provinciales respecto al relato nacional.

¹¹ El número de diarios con que contó Córdoba fue variando a lo largo de la época en estudio. Para todo el período contamos con *La Voz del Interior*, que se edita sin interrupciones desde el año 1904; los otros dos diarios, *Los Principios* y *Córdoba*, interrumpieron sus ediciones a comienzos de la década del ochenta. Es decir, que durante el período que se inicia con la recuperación de la democracia, desde 1983 hasta 1989, fecha de finalización de nuestra investigación, Córdoba tuvo un único diario.

¹² Los diarios locales, aunque no todas las colecciones están completas, fueron consultados en la Hemeroteca de la Legislatura de la Provincia de Córdoba.

¹³ *Liberación por la patria socialista*, revista publicada primero en Buenos Aires y luego en Córdoba, y las siguientes, editadas en Buenos Aires, *La Causa Peronista*, *El Descamisado*, *El Peronista*, fueron consultadas en la Hemeroteca de la Fundación Pedro Milesi y de la Biblioteca Bella Vista, en la ciudad de Córdoba.

¹⁴ Los debates parlamentarios fueron consultados en la Biblioteca de la Legislatura de la Provincia de Córdoba.

¹⁵ Archivo Fílmico de Canal 10. Centro de Documentación Audiovisual del Departamento de Cine y Televisión, FFyH, UNC. Actualmente tiene doble pertenencia: Facultad de Artes y FFyH.

Bibliografía

Bloch, Marc (1996 [1949]). *Apología para la historia o el oficio de historiador*. México: Fondo de Cultura Económica.

Da Silva Catela, Ludmila (2002). “Territorios de Memoria Política. Los archivos de la represión en Brasil”. En L. Da Silva Catela y E. Jelin (Comps.), *Los archivos de la represión: documentos, memoria y verdad* (pp.15-78). Madrid/Buenos Aires: Siglo XXI.

De Certeau, Michel (2006 [1975]). *La escritura de la historia*. México: Universidad Iberoamericana.

Florescano, Enrique (2013). *La función social de la historia*. México: Fondo de Cultura Económica.

Mendiola Mejía, Carlos (1996). “Distinción y relación entre la teoría de la historia, la historiografía y la historia”. *Historia y Grafía*. [En línea] <http://www.hemerodigital.unam.mx/ANUIES/ibero/historia/historia6/art8.html#1>. Hemeroteca Virtual ANUIES [Consulta: 30 de agosto de 2016]

Philp, Marta (2009). *Memoria y política en la historia argentina reciente: una lectura desde Córdoba*. Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba.

Philp, Marta (Comp.) (2011). *Intervenciones sobre el pasado*. Córdoba: Alción.

Philp, Marta (2012). “El lugar de Marx en un tema clásico: la legitimación del poder político”. En F. Delich, *Marx, ensayos plurales* (pp. 185-199). Córdoba: Comunic-arte.

Philp, Marta (2012). “Historias nacionales, historias locales. Una lectura en clave historiográfica a partir de un acontecimiento: la conmemoración del Año Sanmartiniano”. *PolHis*, Año 5, N° 9, primer semestre 2012. [En línea]

- http://archivo.polhis.com.ar/datos/Polhis9_PHILP.pdf [Consulta: 15 de agosto de 2015]
- Philp, Marta (Comp.) (2013). *Territorios de la historia, la política y la memoria*. Córdoba: Alción.
- Philp, Marta (2015). “Pasado y presente del oficio de historiador: vínculos entre la historia, la política y la memoria”. *Apertura*, Publicación de la Secretaría Académica de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la UNC y del Programa “Ciclos de Nivelación, seguimiento de los primeros años y articulación con la educación secundaria”, N° 2. [En línea] <http://revistas.unc.edu.ar/index.php/apertura/article/view/12884> [Consulta: 25 de agosto de 2016]
- Prost, Antoine (2001 [1996]). *Doce lecciones sobre la historia*. Madrid: Cátedra.
- Quiñonez, María Gabriela (2009). “Hacia una historia de la historiografía regional en la Argentina”. En T. Suárez y S. Tedeschi (Comps.), *Historiografía y sociedad. Discursos, instituciones, identidades* (pp. 5-18). Santa Fe: Editorial de la Universidad Nacional del Litoral.
- Ricoeur, Paul (2014 [2000]). *La memoria, la historia, el olvido*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Traverso, Enzo (2012). *La historia como campo de batalla: interpretar las violencias del siglo XX*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.